

EL DÍA
DEL

DRAGÓN

EL DÍA DEL DRAGÓN

Gabriella Campbell y José Antonio Cotrina

Ilustraciones de Lola Rodríguez

Naufragio
de letras

EDICIONES NAUFRAGIO DE LETRAS S. L.
www.naufragiodeletras.com
www.eldiadeldragon.naufragiodeletras.com
edicion@naufragiodeletras.com

Edición: Equipo de Naufragio de letras
Dirección y coordinación editorial: Clara Ruiz
Diseño de interiores: Víctor Heranz

© del texto, Gabriella Campbell y José Antonio Cotrina, 2016
© de las ilustraciones del interior y cubierta, Lola Rodríguez, 2016

© Ediciones Naufragio de letras, 2015

Calle Moreno, 3F

28025 Madrid

ISBN: 978-84-945974-0-4

Depósito legal: M-31489-2016

Impreso por Rigormagráfica S. L.

Impreso en España – Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Queda prohibido cualquier tipo de reproducción, distribución, incorporación a un sistema informático, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra así como su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este mecánico, electrónico, por fotocopia por grabación u otros métodos sin autorización de los titulares del copyright. Si necesita escanear o fotocopiar algún fragmento de esta obra diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos, www.cedro.org).

*Para Marcos Santorum,
que lo sabe todo sobre los dragones*

ADVERTENCIA:

Este libro incluye el peor chiste del mundo.
Si eres especialmente sensible a los chistes malos, lee este libro bajo la supervisión de un adulto (o dos).

CAPÍTULO 1

LA TARTA CARNÍVORA Y EL PAJARRACO EN LLAMAS

El día que encontraron el huevo de dragón fue extraño desde el principio.

Por primera vez en doscientos años, la campana de la torre del Internado para Niños Singulares de Suburbia no soltó su tañido de buenos días. Era una campana excelente, metálica y muy bien educada; nunca había faltado a su cita. La primera campanada, la más madrugadora, sonaba siempre a las siete de la mañana, ni un segundo antes ni un segundo después. Y como alumnos y profesores se guiaban por ella para despertarse, a la mayoría se les pegaron las sábanas.

Entre ellos estaban Fran y Kang Dae, dos de los protagonistas de nuestra historia. Ambos

dormían a pierna suelta en sus literas: uno arriba, el otro abajo. Ambos soñaban. Y sus sueños eran tan diferentes como lo eran ellos.

Kang Dae, desarropado, soñaba que corría por un laberinto de muros altos y negros. Lo perseguía una tarta carnívora que, por lo visto, tenía la firme intención de devorarlo. La tarta era de nata, de siete alturas y estaba furiosa. En su piso superior se abría y cerraba una boca enorme, repleta de colmillos afilados que no eran precisamente de caramelo. La situación era ridícula, pero Kang Dae no dejaba de correr, siguiendo una de las lecciones más antiguas aprendidas por el hombre: «Si algo grande y con dientes te persigue, huye».

El sueño de Fran, que dormía arropado hasta las cejas en la litera de arriba, era uno de esos de Asignatura Equivocada. En el sueño, se había pasado la noche en vela estudiando Témpanos y Calaveras y ahora que llegaba la hora de la verdad se daba cuenta de que el examen era de Vocabulario Estrafalario. La prueba constaba de dos únicos apartados: el primero era definir la palabra *guarlavalaratamalamata*; el segundo, conjugar el presente alucinante simple del verbo de cuarta conjugación *motor*. Para empeorar

las cosas, Fran había acudido al examen desnudo y con una pecera en la cabeza. Y el profesor era un oso que despedazaría a todo aquel que no respondiera de forma correcta a tres de las dos preguntas.

Los sueños de ambos se vieron interrumpidos por las voces y carreras de los profesores por los pasillos. El complot de la campana había sido descubierto.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritaba Eulogio Barbán, docto profesor de Naturaleza y Sociedad, mientras aporreaba las puertas de los dormitorios de los alumnos de sexto curso—. ¡Os quiero a todos en el patio en cinco minutos! ¡Vestidos, aseados y listos! ¡El autobús está esperando, esto es un desastre! ¡Un desastre!

Kang Dae despertó con un grito en la garganta. La tarta lo había atrapado y acababa de morderle con saña un tobillo. El despertar de Fran fue aún más violento; se incorporó en la litera dando voces:

—¡Yo motoro! ¡Tú motoras! ¡Él motora!

—¿Fran? —preguntó Kang Dae desde abajo—. ¿Te encuentras bien?

—He tenido una pesadilla terrible —contestó él, con los ojos vidriados y la mano en el pecho.

Poco a poco volvía a la realidad. Una realidad sin osos—. Estaba desnudo en mitad de un examen y tenía una pecera en la cabeza.

—Por lo menos a ti no te perseguía una tarta con hambre. Es lo más raro que he soñado nunca.

—Igual anoche cenamos demasiado —murmuró Fran. Apenas entraba luz por las rendijas de la persiana y las sombras dominaban la estancia. Alguna era lo bastante grande como para ocultar un oso. Fran cayó en la cuenta de lo que acababa de decir su amigo—. Uh, espera... ¿te perseguía una tarta?

—Al menos yo en mi sueño estaba vestido —se defendió Kang Dae.

—Pero ¿una tarta? ¿Cómo te perseguía? ¿Tenía patitas?

Una tormenta de golpes se desató contra la puerta y los dos dieron un salto en sus literas.

—¡Arriba, haraganes! ¡Ar! ¡A levantarse, mostrencos malolientes! —ordenó el señor Márquez, el Portero Pirata. Había sido marinero durante muchos años hasta que, en un incidente confuso con un bogavante, perdió parte de la pierna derecha. Nadie sabía cómo había acabado en un internado—. ¡Los profesores os quieren abajo ya! —gritó—. ¡Vaaaamos! ¡Os

haré pasar por el trinquete de mesana si no os levantáis antes de lo que canta un mero!

—¡La excursión! —dijo Fran y se golpeó la frente con la mano. Acababa de recordar la salida que tenían programada para esa mañana. Iban a visitar el bosque Calamitoso, muy cerca del internado.

Ambos se pusieron el uniforme a toda prisa y se unieron al caos de fuera. El revuelo era mayúsculo, pero si de algo estaban orgullosos en el Internado de Niños Singulares era de su disciplina, y en pocos minutos los cuarenta alumnos de sexto curso formaban en el patio en orden perfecto de revista.

Fran miró alrededor mientras ahogaba un bostezo; sus compañeros estaban tan adormilados como él. A su izquierda tenía a Kang Dae, luchando contra el dobladillo de una manga rebelde. A su derecha estaba Carol, la chica nueva del internado, una joven rubia de ojos verdes con la que no había cruzado ni una palabra desde que había llegado, un mes atrás. No era que Fran fuera tímido: simplemente ella no hablaba con nadie y casi siempre estaba sola, con aspecto de animalito acorralado. Todos decían que era rara, pero él no pensaba que lo fuera.

A Carol le estaba costando adaptarse al internado, nada más.

El director Anglada, grande, calvo y orondo, caminó ante las filas de muchachos con paso lento. Iba acompañado del profesor de Naturaleza y Sociedad, el ilustrísimo Eulogio Barbán, que parecía un espantapájaros que alguien acababa de sacar de un maizal. Al director le daba igual que tuvieran prisa, no pensaba permitir que sus alumnos salieran del internado desaliñados o con el uniforme mal puesto.

—Fran-cis-co...La-mont —dijo al llegar a la altura de Fran. Siempre hablaba muy despacio cuando reñía a sus alumnos, como si quisiera saborear el momento—. ¿Se ha fijado usted... en que lleva el faldón de la camisa... por fuera del pantalón? ¿Qué será...lo próximo? ¿Sacarle... la na-va-ja... a sus compañeros?

—No, señor —dijo mientras se metía la camisa a una velocidad de vértigo.

Fran escuchó una risita procedente de la fila de atrás. No necesitó girarse para identificarla. Era Elena Menta, aquella niña monísima a la que tanto le gustaba destruir las ilusiones de los demás, la misma que les había explicado con un proyector a los de primero por qué era imposible que

los Reyes Magos y Papá Noel repartieran tantos regalos en una sola noche.

Una vez el director dio por terminada la inspección, despidió a sus alumnos con un saludo marcial, como un general que ve partir sus tropas. Los chicos avanzaron en tropel hacia la salida, hablando animados entre ellos.

—¿Qué crees que le puede haber pasado a la campana? —le preguntó Fran a Kang Dae.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. ¿Se le habrá caído el badajo?

El autobús, de un amarillo chillón, estaba aparcado junto a la entrada principal. A su lado esperaba la señora Adelaida, cocinera del internado. Con todo el jaleo de la campana, los alumnos de sexto no habían tenido tiempo de desayunar, pero ella les había preparado un tentempié: una pera dentro de una bolsita de papel marrón. Los fue repartiendo entre los chicos a medida que subían al autobús.

Los últimos en montar fueron el profesor de Naturaleza y Sociedad, el docto Eulogio Barbán, y Ernestina Malaespina, la profesora de gimnasia, una mujer tiesa como una escoba, con gafas negras y el cabello disparatado. Los dos se sentaron muy rectos en los asientos de delante. Poco

después el autobús arrancó y el internado quedó atrás. Fran lo miró desaparecer en la distancia. Era un edificio feo y oscuro, una mole siniestra de piedra negra de la que emergían un sinfín de chimeneas y torrecillas. Lo único bueno del internado era su ubicación: estaba en el centro de una pequeña península que se adentraba en la bahía, rodeado de mar, jardines y paseos.

El autobús no tardó mucho en salir de la ciudad. Fran entrecerró los ojos, somnoliento, mientras miraba por la ventana y daba buena cuenta de la pera. El paisaje estaba velado por la niebla y una llovizna ligera, y el día se nublabá todavía más en la dirección en que se dirigían: el bosque Calamitoso. De haberse tratado de otro profesor, la excursión se habría cancelado por el mal tiempo, pero ni la galerna más espantosa iba a echar atrás al profesor Barbán. Una vez programaba una salida o un examen, estos eran inamovibles.

Tras subir una ligera pendiente, el bosque Calamitoso apareció ya a la vista, frondoso y salvaje. Los chicos se pegaron a las ventanillas, tan

entusiasmados como si fuera la primera vez que lo veían, como si no lo visitaran año tras año, en cada una de las excursiones que programaba el profesor de Naturaleza y Sociedad.

La voz del docto Barbán los llamó al orden.

—Iréis en grupos de tres y recogeréis todas las hojas que podáis—les explicó, de pie en el pasillo. Se mantenía en un equilibrio envidiable, a pesar de los bandazos que daba el autobús, y los alumnos agregaron «patinador profesional» a la lista de pasados misteriosos del señor Barbán, que ya incluía empleos como sargento de la marina, inspector de Hacienda o veterinario de circo—. El grupo ganador —y al decir esto se relamió, como si les estuviera ofreciendo una golosina de lo más apetecible— será aquel que encuentre las hojas más raras.

Los alumnos empezaron a formar grupos con rapidez: Elena «Matailusiones» Menta con sus amiguitas del alma, Gracia Salvador y Clarissa Makepeace; Carlos Núñez con Pedro Barbacaliente y María de Vivar, los mejores jugadores de fútbol del curso; Carmela Moreno, Mari Carmen Grutta y Joselito Sinde no podían separarse tampoco: eran los tres tan fanáticos del último videojuego de moda, Mundo of Milicia (MoM), que no sabían hablar de otra cosa.

—Eres un manco —le dijo Carmela a su amigo Joselito, sentados ambos en el asiento de atrás—. Eres un manco, un *noob* total. Si no llega a ser por Watusi-Crack en la *raid* de Marixias, nos *wipean* a todos. ¡Te he dicho mil veces que necesitas el Macromartillo de Titor!

—Si es que a mí lo que me gusta es *farmear*— se justificó el otro, enfurruñado.

A la hora de formar equipo, Fran y Kang Dae solían contar con su compañero de laboratorio habitual, Aurelio Jesús de Las Heras, pero estaba excusado de cualquier actividad al aire libre debido a sus alergias, escandalosas y múltiples. Es difícil trabajar al aire libre con alguien que no puede parar de estornudar al entrar en contacto con cualquier cosa que contenga polen, polvo, césped o dieciocho tipos de resinas diferentes, por no mencionar abejas, mosquitos y hormigas. De hecho, Aurelio era el único caso documentado de persona alérgica a los colibrís.

Fran vio como todos se iban distribuyendo con alegría en los grupos de costumbre. Justo en el asiento de delante, la chica nueva parecía un tanto desesperada. Y era normal: si nadie la incluía en su equipo, acabaría de compañera de

los dos profesores, un destino solo comparable a ciertas clases de tortura medieval.

—Oye, Carol —le dijo, y se inclinó sobre el respaldo del asiento—, ¿quieres hacer grupo con Kang Dae y...?

—¡Claro! —exclamó ella, sin disimular su alivio—. ¡Me encantaría!

El autobús enfiló el aparcamiento situado en el lindero del bosque y se detuvo con brusquedad, como si estuviera enfadado. Los alumnos bajaron del vehículo de forma atropellada, deseosos de ponerse a buscar los árboles más extraños y las plantas más curiosas. El docto profesor Barbán era dado a organizar ese tipo de competiciones; decía que fomentar la competitividad preparaba a sus alumnos para el día de mañana. De lo que siempre se olvidaba era de dar un premio a los ganadores. Fran siempre se preguntaba si con eso también los intentaba preparar para el futuro.

Había un sendero principal, bien marcado frente a ellos, y la mayoría de los alumnos se lanzaron por él en masa. Fran indicó a sus compañeros que esperaran.

—Si queremos encontrar las mejores hojas, lo mejor será que vayamos por otro camino, no por donde van todos —dijo.

Carol y Kang Dae admitieron que era buena idea y los tres se encaminaron hacia los árboles de la izquierda. Enseguida dieron con un camino secundario, apenas un estrecho sendero donde la tierra estaba libre de piedras y las ramas no impedían el paso.

En poco tiempo encontraron un par de árboles que nunca habían visto, les arrancaron varias hojas y las metieron en la carpeta verde fosforito de Carol. Pese a que el sol apenas brillaba, se sentían muy a gusto allí, acogidos por los árboles y rodeados de colores primaverales.

—Este lugar es precioso —reconoció Carol.

—Es genial—dijo Kang Dae. Era el único que había nacido en Suburbia y conocía bien la zona—, es un sitio al que hay que venir sí o sí. Sobre todo durante la Semana Grandiosa. ¡Dan pinchos gratis! —Se entusiasmó con la mención de comida—. Hacen concursos de tapas y pinchos, y los cocineros y camareros te dan un montón de platos y puedes votar por tu favorito y...

—Estuve el año pasado con Kang Dae y pasé una vergüenza terrible —confesó Fran—. Comió tanto que temí que estallara.

—Cómo se nota que tú nunca has pasado hambre —le dijo su amigo, rencoroso.

—¡Ni tú tampoco!

—Somos un montón de hermanos en casa. ¡Siempre teníamos hambre y yo...!

Calló de repente al oír un ruido inesperado que llegaba de su derecha. Prestaron atención. Se oían pisadas sobre gravilla, ramas que cedían al paso.

—Por lo visto algún otro grupo ha tenido la misma idea que nosotros —comentó Kang Dae.

Carol le hizo una señal para que se callara.

—Creo que oigo voces —susurró.

Los tres guardaron silencio, atentos. Los ruidos estaban cada vez más cerca. En la distancia, entre unos sauces y unos matorrales, apareció una silueta vestida de rojo.

—Ese no es de sexto —dijo Fran—. Será un excursionista.

—Sea quien sea no va vestido de forma apropiada para una excursión —dijo Carol.

—¿Eso es una capa? —preguntó Kang Dae.

—Eso parece —respondió Fran—. ¡Y tiene un paraguas!

—¡Bajad la voz! —dijo Carol—. Viene hacia aquí.

Los chicos permanecieron atentos y en silencio, preguntándose si debían saludar. A los tres les habían repetido mil veces aquello de «nunca hables con extraños», pero este desconocido prometía ser de lo más interesante. Lo vieron pasar por delante, pero él caminaba tan ensimismado que no los vio. En una mano llevaba el paraguas, de un color amarillo chillón, y en la otra un mapa antiguo que consultaba sin cesar. Tenía la cabeza cubierta por un gorro de lo más curioso, también de color encarnado. Bajo la capa les pareció intuir una túnica negra y larga. Rondaría los treinta años y tenía aspecto de galán de película antigua, de ojos oscuros, barbilla rotunda y nariz romana. ¿Qué hacía perdido en medio de aquel bosque?

El desconocido se paró a unos metros de distancia y miró alrededor, pero con la vista dirigida hacia las alturas, como si estudiara el ramaje de los árboles.

—¡Theodore Windsor von Trappe II! —llamó—. ¿Dónde te has metido?



Su llamada no recibió respuesta. El extraño sacudió la cabeza y continuó su camino.

—¿Pero qué...? —susurró Fran.

—A saber a dónde va —dijo Kang Dae, sin darle importancia—. Ya está bien de perder el tiempo. Sigamos con lo nuestro. No quiero que Elena Menta y sus secuaces nos vuelvan a ganar.

—Qué tipo tan curioso —dijo Carol—. ¿Por qué irá disfrazado como si fuera una lámpara?

Antes de que alguien pudiera contestar, un pájaro extraordinario apareció entre los árboles. Tenía el tamaño de un cuervo y cruzaba el aire con determinación, pero lo impresionante de aquel pájaro no era su tamaño ni su forma de volar.

—Es un...—empezó a decir Kang Dae—. No puede ser, es imposible.

—¡Está hecho de fuego! —exclamó Fran, procurando no gritar—. ¡Ese bicho está ardiendo!

Y así era. Aquella criatura pasmosa volaba en vuelta en llamas, iluminando a su paso la vegetación. Pronto la perdieron de vista, pero su brillo seguía visible entre los árboles. Kang Dae tenía los ojos abiertos, no ya como platos, sino como fuentes de servir lentejas.

—¡Es un fénix! —Antes de que los demás pudieran reaccionar, echó a correr tras el pájaro.

Carol y Fran no tardaron en unirse. Una cosa era un sujeto estafalario vestido como si fuera a tener una audiencia con el papa; otra muy diferente encontrarse con una bestia mitológica. No recordaban que ningún padre o profesor les hubiese indicado que no hablasen con pájaros de fuego.

Carol era la más rápida y enseguida adelantó a Kang Dae. Fran la vio dar cinco pasos por delante de su amigo y entonces, sin entender cómo, desapareció de pronto. Kang Dae se detuvo en seco.

—¿Qué ha pasado? —voceó Fran desde atrás.

Llegó a la altura de su compañero y este señaló hacia abajo. Un gran agujero en el suelo se había tragado a Carol. A su alrededor se desperdigaban todo tipo de ramitas y hojas que, quizá, habían servido para ocultar su existencia. Allí estaba también la carpeta verde de la muchacha.

—¿Una trampa? —acertó a decir Fran, anonado.

Kang Dae no contestó; se agachó para ver mejor el socavón. Todo estaba oscuro y no alcanzaba



a distinguir nada. Intentó iluminar algo con la luz de su teléfono móvil, pero no sirvió de gran cosa.

—¡Carooooo! —gritó, cada vez más preocupado.

—¡Estoy bien! —respondió una voz lejana—. ¡Tenéis que bajar a ver esto, es alucinante!

Se miraron consternados. ¿Se habría vuelto loca? A lo mejor se había golpeado la cabeza contra alguna piedra al caer.

—¡Venid! —repitió—. Es como un tobogán; tranquilos, no os haréis daño. Bueno, no mucho.

Antes de que los dos chicos pudieran empezar a reflexionar sobre la conveniencia de meterse en aquel agujero, la tierra cedió bajo sus pies. Kang Dae perdió el equilibrio y se agarró a Fran, y al hacerlo arrastró a su amigo con él. Ambos cayeron, enredados, por el túnel oscuro.

Fueron a aterrizar sobre un suelo polvoriento, duro como él solo. De todas formas, Carol tenía razón. No se hicieron daño. No mucho, al menos.

Fran se sacó el codo de Kang Dae del ojo y vio a Carol, que los observaba con expresión de triunfo.

—¡Mirad! —exclamó ella mientras iluminaba el lugar con su teléfono—. ¡Es un pasadizo secreto!

Al cabo de unos segundos, Fran se acordó de cerrar la boca. ¡Aquello era imposible!

Estaban en algún tipo de galería subterránea que descendía hacia las profundidades, una prolongación bastante más civilizada del túnel de tierra por el que habían caído. Las paredes estaban repletas de mosaicos y, a intervalos regulares, asomaban de los muros cabezas de dragones de piedra, todas diferentes: unas con cuernos, otras sin ellos, unas con bocas enormes, otras con lenguas bífidas... Los ojos de las esculturas emitían una luz taciturna.

—¿Pero dónde estamos? —preguntó Kang Dae en voz muy baja, casi un susurro.

—No lo sé, pero ¡es muy emocionante! —gritó Carol. Asustada por el sonido de su propia voz, bajó el tono y murmuró—: ¿No os parece emocionante?

Fran se acercó a uno de los mosaicos de la pared; estaba casi oculto por la mugre y el tiempo. Lo limpió con la manga de su cazadora y lo examinó en silencio.

—Creo que eso es un elefante con alas —dijo Carol a su espalda.

—Los elefantes no tienen seis patas —aseguró él—. Ni aguijón

Kang Dae echó un vistazo a la rampa que los había conducido al pasadizo, alumbrando de nuevo con su móvil. Comprobó que la parte superior del túnel se había derrumbado.

—No podemos volver por donde hemos entrado —dijo. Miró el teléfono—. Y aquí no hay cobertura. Estamos fastidiados, compañeros.

—Este pasadizo tiene que llevar a alguna parte —dijo Carol, señalando hacia el final indistinguible del pasaje—. Propongo que lo investiguemos.

—Qué remedio —dijo Kang Dae—. Aquí no nos podemos quedar.

El túnel continuaba bajo tierra, envuelto en sombras y tinieblas. Los ojos de los dragones refulgían a ambos lados de la galería como joyas incrustadas en la oscuridad.

El día del dragón

—Lo mejor será que vayamos con cuidado — dijo Fran—. Por si hay trampas y eso —señaló, inseguro. Había visto muchas películas de arqueólogos y aventureros que se metían en problemas por pisar donde no debían.

Y así, Fran, Carol y Kang Dae se pusieron en marcha por el pasadizo de los dragones de piedra, sin saber que estaban a punto de hacer un descubrimiento que cambiaría sus vidas para siempre.

CAPÍTULO 2

LA CIUDAD SUBTERRÁNEA Y LOS MAGOS RAROS

Kang Dae iba el primero, seguido de cerca por Fran y por Carol, la chica de aspecto mustio. Kang Dae la había etiquetado como una niña rica más, pero comenzaba a sospechar que se había equivocado. Las niñas ricas, al menos las que él conocía, no se habrían metido en aquel embrollo; las niñas ricas te miraban por encima del hombro mientras arrugaban el hocico como si apestaras a vómito de ballena. Y no corrían tras pájaros en llamas ni te animaban a meterte bajo tierra como si fueras un topo.

—Hay algo ahí delante—dijo Carol mientras señalaba al frente.

A lo lejos, en las tinieblas, bailaba una luz inquieta, un fuego que no procedía de los ojos de

los dragones. O bien era una luciérnaga gorda o un pájaro en llamas. Gracias a su resplandor descubrieron la presencia del tipo de la capa roja.

—Es el fénix —murmuró Kang Dae—. Y el hombre lámpara va con él.

—¿Qué estarán haciendo aquí? —preguntó Carol en voz muy baja.

—¿Y dónde van? —quiso saber Fran.

Aquello era cada vez más extraño. Continuaron la marcha despacio, alertas. El fénix y su acompañante llegaron al final del pasadizo y desaparecieron. Los chicos tardaron todavía unos minutos en alcanzar la salida. El pasaje terminaba en una pequeña plataforma rocosa de la que nacía una escalinata de mármol gris; se acercaron al borde y se agacharon allí, con el corazón tan disparado en el pecho que casi alcanzaban a escuchar como golpeaba contra las costillas.

La escalinata descendía hasta una gruta colosal, tan enorme que debía de superar en extensión al bosque Calamitoso.

Y dentro de la gruta había una ciudad.

Kang Dae no podía creer lo que estaba viendo. Allí abajo había calles retorcidas y amplias plazoletas; casas con tejados inclinados de color negro; torres con cúpulas de cristal; mansiones

amuralladas y palacetes tan repletos de torretas y minaretes que parecían erizos de piedra. Era asombroso. Era increíble. Era imposible.

La ciudad parecía abandonada. Nada se movía allí abajo. El polvo y el silencio se daban la mano por las calles desiertas y jugaban a no hacer ruido. Pero lo más sorprendente estaba en las alturas. De la bóveda inmensa de la inmensa caverna colgaba la estatua de un dragón inmenso, esculpido en piedra negra reluciente y asegurado al techo con cadenas de plata. Tenía las alas desplegadas, unas alas grandes, membranosas, que medían más de cincuenta metros de punta a punta. Entre sus garras sostenía una esfera luminosa de gran tamaño. Era como si aquel prodigio de piedra sujetara un pequeño sol.

—Que alguien me pellizque, por favor —se oyó decir a Carol—. Estoy soñando. Esto tiene que ser un sueño.

—¡Ay! —exclamó Fran cuando Kang Dae le propinó un fuerte pellizco en el brazo—. ¡Lo ha dicho ella, no yo!

—Tú estabas más cerca —dijo su amigo.

La estatua en las alturas no era el único dragón del lugar. Había más. Estaban situados en el centro de todas y cada una de las plazas de la

ciudad y coronaban hasta la última torre; no eran tan grandes como el de la bóveda, pero seguían siendo extraordinarios.

Kang Dae escudriñó la ciudad en busca del fénix y el hombre de rojo. No tardó en localizarlos. Habían dejado atrás las escaleras y estaban atravesando una plaza en cuyo centro se levantaba la estatua de un dragón de piedra verde y panza blanca.

—Mirad —dijo en voz baja.

Los vieron entrar en el edificio situado en el otro extremo de la plaza. Era rectangular, con tres bóvedas en el techo y grandes columnas en los laterales, cada una de ellas adornada con un pequeño dragoncito bailarín.

—Parece un templo —murmuró Fran.

Kang Dae se preguntó qué clases de dioses se podrían adorar en un lugar como ese. Y cayó en la cuenta de que tenía la respuesta sobre su cabeza.

Dragones. Allí los dioses eran dragones.

Un movimiento furtivo llamó la atención de los tres chicos. Varias sombras aparecieron sobre los tejados de la ciudad subterránea, criaturas extrañas, de un blanco sucio, con alas a la espalda: alas grandes, de gaviota. Tenían picos ganchudos y severos; volaban en bandada y en

silencio hacia el edificio donde había entrado el hombre del fénix.

—¿Qué son esos bichos? —preguntó Fran.

—No lo sé —dijo Carol—. Pero parecen peli-grosos.

Kang Dae contó diecisiete. Todo el mundo en Suburbia sabía que las gaviotas eran unos pájaros desagradables y traicioneros. Había que tener las ventanas cerradas a la hora de comer o eran capaces de entrar en la cocina, robarte el pescado y darte de picotazos si te atrevías a enfrentarte a ellas. No quería ni imaginar lo que podían hacer unas criaturas de semejante tamaño. Y además varios de aquellos espantajos iban armados con espadas y cimitarras. Se repartieron por las ventanas ovaladas de la fachada del supuesto templo, una por alféizar.

De pronto, del gran dragón negro de la bóveda se desprendió una sombra. Se agacharon aún más. Una mujer descendió volando hacia la ciudad, por suerte para ellos de espalda a la terraza. Vestía de negro; también llevaba capa, oscura, raída, y una chistera negra, bajo la cual caía un torrente de pelo rojo. Aterrizó ágil ante la puerta del templo, flexionando las rodillas de manera elegante. Antes de entrar hizo una señal con la

mano izquierda, y las criaturas pájaro, todas a una, se colaron por las ventanas. Transcurrió un minuto largo, muy largo.

Kang Dae era consciente de todos y cada uno de los latidos de su corazón; ya no era que golpeará contra las costillas, parecía que había arrancado una de ellas y usaba el resto de xilófono. Fran fue el encargado de romper el silencio.

—Escuchadme —dijo en voz baja, Estaba muy serio—. Escuchadme bien. Ahora mismo tenemos dos opciones. Podemos regresar a la gruta de arriba e intentar pedir ayuda, o podemos bajar y ver qué está ocurriendo en ese edificio.

—Los miró a los dos, primero a Kang Dae, luego a Carol—.

¿Qué queréis hacer?

—preguntó.



Kang Dae comprendió que aquella pregunta era la más importante que le habían hecho nunca. Arriba los esperaba la normalidad, la realidad de siempre, el mundo que conocían; abajo aguardaba lo desconocido.

—Bajar —dijo Carol mientras asentía con decisión.

—Bajar —confirmó Kang Dae con una sonrisa—. ¿Y tú? —le preguntó—. ¿Qué quieres hacer? —Sabía que la decisión tenía que ser unánime.

—Bajar —contestó Fran.

Y así lo hicieron.

Los peldaños de la escalinata eran estrechos, incómodos; tenían la impresión de que en cualquier momento resbalarían. Aun así no tardaron demasiado en llegar abajo. Aquel lugar olía a polvo y pasado, pero había en el aire otro aroma, todavía más antiguo, todavía más profundo. Un olor intenso que no fueron capaces de identificar, pero que pronto se les iba a hacer familiar: era el olor de la magia. Se aproximaron sigilosos hacia el edificio de las tres bóvedas.

Cuatro escalones conducían a la entrada, un arco enorme que los aguardaba como una boca deseosa de hincarles el diente. Subieron los peldaños a la carrera y a la carrera también se pegaron

contra el muro del templo, antes de asomarse para espiar más allá. Kang Dae estaba acucillado, Carol medio agachada, y Fran se estiraba todo lo que podía. Desde el otro lado debían de tener un aspecto curioso, una criatura de tres cabezas asomada tras la puerta. Por suerte para ellos, nadie miraba en su dirección.

Había cuatro estatuas de dragones, una en cada esquina. Los cuatro representaban al mismo dragón, o al menos a un ejemplar de la misma especie: una criatura negra, con la cabeza roja y espinas alrededor del cuello. En un altar de piedra situado en el centro de la enorme sala había un huevo, un huevo rojo, con motas doradas, bañado en una luz ambarina y temblorosa. Era grande, del tamaño de un huevo de avestruz (o de «ya ves tú», como las llamaba el hermano pequeño de Kang Dae, muerto siempre de la risa).

Justo ante el altar estaba el extraño de rojo, de espaldas al huevo y encarado hacia los hombres pájaro que lo rodeaban, en actitud amenazadora. Y para hacer más delirante la situación, el fénix que revoloteaba alrededor de la cabeza del desconocido se puso a hablar:

—¡Te lo advertí, Baltazar! —Tenía una voz crepitante, como si en vez de cuerdas vocales le

estallasen un montón de palomitas en la garganta—. «¡No te fíes de ella!», te dije. «¡No te fíes de ella», pero ¿me hiciste caso? ¡No! ¡Ignoremos al pájaro en llamas! ¿Qué va a saber ese cabeza de chorlito?

El hombre de rojo lo ignoró por completo.

—¡Miranda! —gritó—. ¡Esto no tiene ningún sentido! ¡Hablemos!

—¡No hay nada que hablar! —La mujer de la chistera estaba ante uno de los dragones negros. Parecía peligrosa. Muy peligrosa—. ¡Quiero ese huevo! ¿Me oyes? ¡Lo necesito!

—¡No lo permitiré!

—¿Y cómo vas a impedírmelo? Conseguiré ese huevo y el dragón que lleva dentro. ¡Conquistaré el mundo con él! ¡Ese es mi destino! ¡Miranda, la Reina Dragón, me llamarán todos! —Rompió a reír. Sus carcajadas eran como murciélagos que salían despedidos de su boca.

—Ya sabemos quién es la mala de esta historia —murmuró Kang Dae.

—¿El tipo de rojo será el bueno? —preguntó Fran. La voz le temblaba un poco.

El sujeto al que acababa de mencionar señaló a la mujer con un dedo.

—¡No lo permitiré! —gritó—. ¡Ese dragón será mío! ¿Me oyes? ¡Mío! Y cuando crezca le arrancaré

el corazón y gracias a él me haré inmortal. Seré Baltazar, el Eterno. Siempre bello y poderoso, ¡siempre radiante! ¡No me interesa el mundo, Miranda! —exclamó Baltazar—. ¡Quiero la vida eterna!

—Tengo la impresión de que aquí los únicos buenos somos nosotros —apuntó Carol, con un hilillo de voz.